

Que la *intelligenstia* romana resultara, a su vez, seducida por la nueva religión es ya menos concebible. Pero podemos suponer que su extremo hastío fuera el responsable de ello. Fueron romanos decadentes y extranjeros en plena vitalidad quienes se opusieron al cristianismo... [...] Un pueblo está amenazado cuando ha comprendido, es decir, cuando ha alcanzado un grado de refinamiento que le resultará necesariamente funesto.

... todos los fracasos históricos fueron seguidos de un auge del escepticismo. El esplendor intelectual del mundo antiguo se apaga con la penetración del cristianismo. Era inconcebible que mentalidades cultas se aficionaran a un ideal tan ingenuo. La requisitoria de Celso sigue siendo el documento más patético y más instructivo del estupor de un pagano ante la irrupción cristiana.

Sólo una crisis grave podía hacerle [a Scott Fitzgerald] vislumbrar verdades esenciales. Para las personas como él, el hundimiento es necesario. Quien goza de buena salud está condenado en el plano espiritual. La profundidad es el monopolio de quien ha sufrido.

Hoy el hombre me parece comparable a un escritor que ya no tiene nada que decir, a un pintor que ya no tiene nada que pintar, que ya no siente interés por nada. Su ingenio no está aún agotado, pero él está a punto de perder enteramente sus fuerzas. Sigue siendo sin duda productor de realidad, desde luego, producir herramientas, tal vez incluso algunas obras maestras aún, pero espiritualmente está en las últimas. Lo considero, por ejemplo, incapacitado para producir una religión nueva, profunda. Puede producir, pero como epígono, como imitador.

Al divinizar la historia para desacreditar a Dios, el marxismo sólo ha conseguido volver a Dios más extraño y más obsesionante. Todo se puede sofocar en el hombre, salvo la necesidad de absoluto, que sobrevivirá a la destrucción de los templos, e incluso a la desaparición de la religión sobre la tierra.

Citas de Emil Cioran, «trasterrado», que alguna vez fue rumano.



En el correr del tiempo, la libertad apenas si ocupa más instantes que el éxtasis en la vida de un místico. Huye de nosotros en el momento mismo en que tratamos de aprehenderla y formularla: nadie puede gozar de ella sin temblor. Desesperadamente mortal, en cuanto se instaure postula su carencia de provenir y trabaja, con todas

sus fuerzas minadas, en negarse y agonizar. [...] Para usted, que no la tiene [escribe a un amigo de Rumania, en 1957], la libertad lo es todo; para nosotros, que la poseemos, no es más que una ilusión, porque sabemos que la perderemos y que, de todas maneras, está hecha para ser perdida.

Los antiguos desconfiaban del éxito porque temían la envidia de los dioses, pero también el peligro del desequilibrio interior causado por cualquier éxito como tal. ¡Qué superioridad sobre nosotros demuestra el haber comprendido ese peligro!

Sigo aún extrañándome de ver hasta qué punto los sentimientos viles son sentimientos vivos, normales, inatacables. Cuando los experimentamos nos sentimos revigorizados, reintegrados en la comunidad, al mismo nivel que nuestros semejantes.

Quien vive demasiado malogra su... biografía. En resumidas cuentas, sólo pueden considerarse plenamente realizados los destinos rotos.

Imposible defendernos de un adulador. No podemos darle la razón sin hacer el ridículo; tampoco increparle y enviarle a paseo. No tenemos más remedio que comportarnos con él como si dijera la verdad, dejarnos incensar a falta de saber cómo reaccionar. Él cree que consigue engañarnos, que nos domina, y saborea su triunfo sin que podamos desengañarle. Con frecuencia se trata de un futuro enemigo que se vengará un día de haberse rebajado ante nosotros, un agresor disfrazado que planea sus golpes mientras pronuncia sus hipérboles.

El eterno retorno y el progreso: dos nociones sin sentido. ¿Qué queda entonces? La resignación al futuro, a sorpresas que no lo son, a calamidades que pretenden ser insólitas.